

LA CONSTRUCCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE
JUVENTUD. URTEAGA, MARITZA (2011).
LA CONSTRUCCIÓN JUVENIL DE LA REALIDAD.
JÓVENES MEXICANOS CONTEMPORÁNEOS.
MÉXICO: UAM/JUAN PABLOS EDITOR, 443 P.

Hugo César Moreno Hernández

El enfoque de juventud o desde el sujeto juvenil es un enfoque socio histórico de la construcción y acción de los sujetos juveniles, mejor observados en plural que en la singularidad de enfoques psicobiológicos (entrampados en el concepto “adolescencia”), los cuales suponen un ente en proceso de crecimiento y aprendizaje. A este respecto, Maritza Urteaga es una de las investigadoras con mayor trayectoria, y en esta obra presenta una revisión extensa sobre cómo los jóvenes intervienen en la realidad activamente, a través de sus aportes y críticas al sistema de sociedad, a través de la comprensión de los espacios sociales juveniles, donde los jóvenes aparecen como productores de significaciones en sus prácticas y producciones culturales, ancladas en la cotidianidad.

La perspectiva abre enormes posibilidades analíticas y de comprensión de la realidad social, no sólo de los jóvenes, sino de dinámicas sociales que influyen en la construcción de las subjetividades modernas. No se trata de pensar al mundo juvenil como una fuente única de procesos y prácticas que transforman, deforman y reforman el mundo donde, consuetudinariamente, se encuentran relegados de la toma de decisiones colectivas, sino de observar la pluralidad de acciones y producciones de jóvenes indígenas, urbanos, culturas juveniles, etcétera, que actúan en y desde los márgenes para incluirse, la mayoría de las veces, a pesar del mundo adulto.

Así, el capítulo I, *Textos y contextos sobre lo juvenil moderno y contemporáneo*, da cuenta de la aparición del joven en la sociedad moderna, como una emergencia producida por las transformaciones sociales y la necesidad de dar cuenta de esta forma inédita para presentarse en la sociedad, según una funcionalidad complicada por los procesos echados a andar por el Estado moderno, sobre todo, en lo concerniente con la educación pública, pues “el surgimiento de la juventud está especialmente relacionado con el desarrollo del sistema educativo. Debidamente formulada para todos, la condición juvenil se fundó únicamente sobre la condición de estudiante” (p. 57). En consonancia con la generación de otredades objetivas (el otro como raza, género o clase) la edad convierte a la juventud en objeto de análisis y reflexión, “la juventud aparece como objeto de deseo y objeto del discurso social, pero siempre del discurso de *otro*: los jóvenes nunca hablan, no son sujetos del discurso social sino su espectáculo” (p. 37). A lo largo de este capítulo, Urteaga examina cómo se ha ido edificando la imagen de la juventud hasta la construcción de espacios propios, separados del mundo adulto, donde los consumos, acaso vistos como “inmorales” por ojos adultos, son importantes para las prácticas juveniles. De esta manera, se logra identificar tres ámbitos a través de los cuales construyen su presencia en los social: “el de la socialidad con sus pares, el cultural y el político” (p. 38), sin que esto suponga que los jóvenes se desarrollan únicamente en tal o cual ámbito, sino como una separación analítica.

En el capítulo *La construcción teórica de la juventud. Los conceptos sobre lo juvenil*, Maritza Urteaga observa cuatro concepciones de lo juvenil para la mirada institucional: la juventud como etapa transitoria; como expectativa al futuro (por lo que el presente no importa, sino su “programación” hacia el futuro); y la homogeneización de lo juvenil, obviando su diversidad. A través de este posicionamiento institucional, en el capítulo se revisan las concepciones teóricas sobre lo juvenil desde la antropología, la sociología y la psicología, desmarcando claramente de la postura del “adolescente”, al referir que “los estudios de la juventud enfatizan *el aquí y el*

ahora de las experiencias de la gente joven, esto es, en las prácticas sociales y culturales a través de las cuales los jóvenes moldean su mundo” (p. 149). En este sentido, el desarrollo del concepto *socialidad*, como un orden de interacción social propio, distinto a la socialización en su jerarquía vertical. De esta manera, la

conceptualización sobre los mundos juveniles como espacio social juvenil exige [...] el reconocimiento y aceptación de dos condiciones: 1) la presencia y acción de los jóvenes sobre su mundo inmediato –el presente– *como actores sociales, es decir*, están activamente comprometidos en la producción de sus mundos sociales, y 2) su condición de *agentes*, esto es, de activos productores de cultura (p. 172).

En el capítulo III, *Espacialidad y jóvenes mexicanos. Usos, apropiaciones y percepciones juveniles del espacio urbano y contemporáneo*, Maritza Urteaga examina cómo los jóvenes disputan los espacios, reconstruyendo el concepto “lugar” para comprender la relación entre la experiencia de los agentes con los espacios al cargarlos de sentido. Cómo se habita la ciudad, cómo se lucha contra la ausencia de espacios capaces de hacer lugar para las prácticas juveniles de socialidad, y cómo se criminalizan estas prácticas, son algunos de los elementos analizados en este capítulo, asumiendo que para los jóvenes “gran parte de sus prácticas socioespaciales son constitutivas de sus prácticas identitarias y de socialidad establecidas con otros jóvenes” (p. 202); y estas prácticas no sólo hacen lugar en espacios restringidos, sino que pueden alcanzar espacialidades extendidas y desterritorializadas; no son prácticas exclusivas de acciones contrainstitucionales o anticapitalistas, sino que suceden en todo el espectro de clases; las ejercen jóvenes grafiteros lo mismo que jóvenes clasemedios, haciendo lugar en las bardas y los centros comerciales, sin olvidar las desterritorializaciones migratorias. En esta complejidad, los indígenas suponen otra subjetividad, que complejiza no sólo los espacios urbanos, sino la misma noción de juventud. De ahí la calidad innovadora del capi-

tulo IV, “*Lo juvenil*” en “*lo indígena*”. *Jóvenes indios en la ciudad de México*, pues como afirma Urteaga, “el tema de los jóvenes indígenas no ha sido central, ni en la investigación antropológica ni en la social” (p. 247). Se observa en este apartado la emergencia, por lo menos conceptual, pero no únicamente, de un sujeto juvenil indígena, atravesado por los diversos procesos que padece esta población en México: “puede decirse entonces que la imagen cultural juvenil que emerge entre la nueva ruralidad mexicana es la del *joven migrante indígena*” (p. 265), y el impacto de la educación en el medio indígena, gracias a procesos de obligatoriedad en niveles más elevados de la educación básica, sobre todo secundaria, y más recientemente el nivel medio superior.

Aunado a esto, el autorreconocimiento por parte de los sujetos y el reconocimiento del resto de la sociedad han permitido la emergencia de un sujeto juvenil indígena, donde se observan prácticas inéditas como no aceptar “el dominio de los padres en relación a costumbres anteriores como el matrimonio, rechazan su concertación en contra de la voluntad de los contrayentes, además el noviazgo y el cortejo son prácticas novedosas que están teniendo sus propias formas de vivirse y entenderse” (p. 270). En estas transformaciones, el papel de las mujeres ha ido cambiando con la emergencia de mayor capacidad para elegir y decidir por sí mismas. Estos procesos son más acusados en la ciudad, donde los jóvenes indígenas observan mayores posibilidades de elección, sometándose a una existencia fronteriza entre los espacios donde viven: familiares, comunitarios, laborales, amicales, asistenciales, etcétera:

El afuera o adentro está siendo construido sólo como un punto de orientación en el derrotero que hacen cotidianamente los caminantes jóvenes en las fronteras entre esos mundos que están agotándose y los nuevos mundos en los que están ingresando, aunque tomando sus distancias y precauciones. La reivindicación del derecho a vivir en la diferencia, por parte de algunos jóvenes, estaría marcando el deseo de dejar las posiciones de frontera, ese sentirse “fue-

ra de lugar” y ser reconocidos como diferentes –jóvenes, indios y habitantes– “dentro” de la sociedad y de la ciudad mexicana contemporánea y global (p. 328).

El capítulo V, *Jóvenes trendsetters en la Ciudad de México y constitución de nuevos estilos de vida*, se concentra en la reflexión y análisis de prácticas contemporáneas realizadas por jóvenes afrontando las nuevas circunstancias socioeconómicas del entramado neoliberal: los trendsetters, especialistas de la expresión, ocupados de la producción cultural en un sentido amplio, donde lo independiente y el mercado se entremezclan. En principio, un *trendsetter* es aquel productor cultural que inicia o crea una moda o idea, de manera que:

Los *trendsetters* se distinguen de los jóvenes media por sus formas de pensamiento avanzado y abierto, si no progresivo, y porque están fuertemente comprometidos e involucrados en estar al frente o a la vanguardia de lo que está sucediendo en la sociedad y en la cultura; estas actitudes y comportamientos sustentan un “estar constantemente iniciando” las tendencias estéticas, conductuales y tecnológicas de lo que vendrá o será vivido por los *media* en algún momento (p. 334).

Se trata de jóvenes con educación superior y de clase media (según un muy amplio recorte) con gran creatividad y capacidad emprendedora, quienes se asumen como parte de un mundo globalizado, y viven las formas contemporáneas del trabajo implicando en éste el placer de hacer las cosas. El trabajo como placer, como obtención de placer estético, rompe con la idea del trabajo como deber, lo que produce una fuerte vinculación entre trabajo y ocio, eliminando las líneas que delimitan uno y otro tiempo. Asimismo, diferencian el trabajo (por placer) de las actividades realizadas para lograr un fin específico, como obtener un salario:

Para los jóvenes *trendsetters*, trabajo y empleo son cosas diferentes. El trabajo se asocia con la satisfacción de ambi-

ciones creativas y personales. El empleo significa sujeción a horarios, a funciones y/o actividades no propias: el trabajo los vincula con la búsqueda constante de crear cosas nuevas y nunca repetirse. El no hacerlo, les provoca aburrimiento y malestar en general (p. 346).

Estos jóvenes, que pueden pasar gran parte del día trabajando creativamente (excediendo por mucho los tiempos laborales de un “empleo”), son representantes de las nuevas formas de organización en red, donde se implica la forma de vida con los medios de vida, “los *trendsetters* coinciden en una pasión hacia el trabajo que significa *pasión emprendedora* para realizar sus sueños” (p. 349); esto les convoca a la asociación con otros como ellos para crear, configurando redes de trabajo y ocio creativo, donde el tiempo libre funciona para acrecentar sus redes, en una especie de perenne estar haciendo para alimentar su *pasión emprendedora*. Sin embargo, es claro también cómo esta forma de trabajo, donde se pueden llevar proyectos simultáneos, estar entreproyectos (un eufemismo para el desempleo en tanto no hay generación de recursos económicos para el diario vivir) o en búsqueda de alianzas con otros, es síntoma de la precarización laboral a la que se enfrenta la juventud en las sociedades actuales, asunto claro en los límites borrosos entre trabajo y ocio, donde se dedica más tiempo a los proyectos creativos y personales.

En definitiva, estos jóvenes son totalmente urbanos y tienen espacios propios, hacen su ciudad conjugando redes y lugares donde se expresan sus percepciones sobre el mundo, las cuales están en una relación flexible entre el mercado y la crítica, sin llegar a *cuarajar* en una ideología política clara. Retoman formas estéticas de las culturas juveniles, pero no se solidifican en una ideología, retoman lo que asumen interesante para innovar en un “territorio de juego”.

La construcción juvenil de la realidad de Maritza Urteaga, es una obra central, tanto en un sentido de importancia, como en la idea de bisagra para acercarse a los estudios sobre juventud y su enfoque. Permite acceder a una postura epistemológica, porque “*juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles* son términos aparentemente

similares pero que, desde la literatura académica, aluden a formas diferentes de estudiar la juventud e implican diferentes maneras de mirar y de acercarse a lo juvenil” (p. 405). En primera instancia, como ya se mencionó, se trata de un desmarcaje entre adolescencia y juventud, asumiendo que desde la primera noción sucede una trivialización e invisibilización de los jóvenes, incapaz de comprender a las culturas de los jóvenes en sus propios términos:

La noción de culturas juveniles hace referencia, por un lado, al conjunto de experiencias sociales expresadas colectivamente por los jóvenes mediante la construcción de estilos distintivos, localizados fundamentalmente en tiempos y/o espacios no institucionales y, por otro, a la aparición de *microsociedades juveniles* con grados significativos de autonomía respecto a las instituciones adultas, que se dotan de tiempos y espacios específicos (p. 410).

El aporte de la obra está, pues, en la producción de un mapa conceptual a través del rastreo y rescate de aportes de investigación en diversos ámbitos de la vida juvenil. La ambición es compleja, y en el cuerpo del texto llega a buena conclusión, con el extra de abrir nuevos cuestionamientos, de marcar nuevos derroteros para la investigación en juventud. Es una importante cartografía sobre lo que se ha dicho desde diversas fuentes según el enfoque de juventud, y también una plataforma de lanzamiento para reflexionar sobre qué se dirá.

